

brir su veneno sin necesidad de estudios ni de otras investigaciones. Sin embargo, por grandes que fuesen los vicios y los peligros de esta obra, vituperada ya varias veces por el *Diario de Trevoux*, es probable que Chauvelin no la denunció mas bien que las demás, sino porque era del abate Marsy que había sido jesuita. Mas aunque ya no lo era y aun se dice había sido espulsado, no obstante, Chauvelin pensó que la ignominia del libro recaería sobre la corporación á que el autor había pertenecido. Usando de una perfidia digna de un jansenista, denunció al mismo tiempo la *Historia del pueblo de Dios* por el P. Berruyer y la *Cristiada* del abate de La Bume. Hemos dado á conocer ya el primero de estos libros, y en cuanto á la *Cristiada* diremos que era un poema en prosa enfática acerca de la vida de Jesucristo; una historia hilvanada á modo de novela, sembrada de ficciones pueriles ó indecorosas, de razonamientos estravagantes y de acciones ridiculas; libro que, por decirlo así, nació muerto, y que ni aun valia la pena de que se le sacara del olvido. Estas tres producciones fueron entregadas á los fiscales de S. M. para su examen, y en 9 de abril de 1756 el fiscal Joly de Fleury emitió su dictámen concebido en estos terminos:

«Bayle, demasiado conocido por su libertad de pensar, se declaró en el último siglo apologista del pirronismo y de la irreligion. Amigo de todas las sectas cuyo elogio hace sin distincion alguna, enseña á suspender el juicio sobre todo, porque no admite certeza en ninguna cosa. Prevenido siempre contra los enemigos formidables que combatian sus impiedades, derrama disimuladamente sus errores en los artículos sobre los maniqueos, paulicianos, marcionitas, pirronianos etc. Los hombres de una instruccion superficial creen encontrar en aquellos artículos pruebas invencibles contra la Religion, y desprecian á las personas dóciles y prudentes que sabon usar legítimamente de su razon, las cua-

les discurriendo discretamente juzgan que la razon bien dirigida conduce á la creencia religiosa, y que una fé pura desarrolla y perfecciona la razon. Figuraos un escritor que principiaba deplorando la condicion de un historiador, el cual desea escribir con sinceridad, no pudiendo ser la historia, segun él, mas que una sátira; principio falso, pero favorable á sus miras, y cuyas consecuencias quiere hacer adoptar para poder espresarse libremente al tenor de sus intenciones particulares, y vender por verdades mil cuentos y mil hechos escandalosos. Si trata de las verdades católicas, entonces discute, y como pirrónico examina el pró y el contra, supone objeciones exageradas hasta el último extremo, sostenidas con tanto ardor y repetidas tantas veces que, derramando la oscuridad en el ánimo del lector, son capaces de hacer vacilar su fé. Por otra parte, sus soluciones artificiosas carecen de aquel grado de evidencia y de energia que hubiera podido y debido darles. Si combate las verdades capitales de toda especie, es por medio de los errores que la ignorancia ha mezclado con ellas, y suponiendo que han sido mal defendidas, desfigura para hacerlo creer los autores que cita, disfraza su sentido, ó acaso les dá otro que estuvieron muy lejos de tener. Sofismas, paradojas, máximas licenciosas, emponzoñadas sátiras, la verdad oculta bajo el velo mas espeso, la incredulidad y el error disfrazadas, dudas continuamente repetidas, tinieblas suscitadas para oscurecer el brillo de la Religion con probabilidades contradictorias, anécdotas abominables, reflexiones irónicas, colecciones sospechosas de todos los sistemas filosóficos, recapitulacion de cuantas obscenidades é invectivas se han dirigido en todos tiempos contra la Religion y las costumbres; hé ahí el bosquejo del *Diccionario* de Bayle. Bien merecia sin duda alguna volver á quedar sepultado en las tinieblas, de donde él había hecho salir

á tantos otros autores. Bayle había encerrado esta muchedumbre de errores en volúmenes inmensos, y había tenido cuidado de diseminarlos por todas partes en los diversos artículos que los componian. Mas la adquisicion de sus obras completas era costosa, la lectura demasiado larga, y poco comun el uso que se hacia de ellas; los textos de que abusaba para autorizar la incredulidad parecian colocados como al acaso y sin orden, y por lo tanto la dificultad de seguirlos y enlazarlos podia ser un obstáculo al progreso demasiado rápido de la impiedad. En vista de esto, un escritor perverso, enemigo sin duda de todo bien, prestó vergonzosamente su pluma á la obra de iniquidad, y presenta en la actualidad todo aquel veneno reunido, por decirlo así, en una sola copa. Enlaza los textos bajo títulos análogos y agrupa todas las obscenidades, historias escandalosas, invectivas y blasfemias del autor. De manera que lo que antes no era accesible sino á muy pocas personas, en el dia se halla al alcance de todo el mundo. ¿Qué escándalo no ofrece semejante análisis á las costumbres y á la Religion? El fiscal se ocupó en seguida, pero con menos calor, de la *Historia del pueblo de Dios*, y finalmente al hablar de la *Cristiada*, dijo: «Su autor arrebatado por el entusiasmo de su fantasia, desfigura el Evangelio, atribuye á la Divinidad el lenguaje que los poetas gentiles ponian en boca de sus dioses, é introduce en la relacion de las acciones de Jesucristo, episodios indecentes y copiados de los ocurridos á los héroes de Virgilio. Escritor atrevido, ó mas bien dicho temerario, lejos de arreglar sus espresiones conforme al respeto debido al asunto de que trata, no emplea sino aquellas que son mas á propósito para causar escándalo á la fé y á las costumbres de los cristianos.» Echa en cara tambien al autor de este libro el haber atribuido al Hijo de Dios turbaciones involuntarias, afecciones humanas y hasta pasiones.

B. del C., tomo XXI—VIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.

y asimismo el haber insinuado que el Papa era infalible. Por último, termina su dictámen fiscal, diciendo que en dicha obra la ficcion mas indecorosa pone en ridiculo todos los misterios y todas las verdades de la Religion, favorece el injusto desprecio con que los libertinos la miran, autoriza la incredulidad é induce los sencillos al error.

Este dictámen fué seguido de una providencia del mismo dia, que condenaba á ser rasgados y quemados por mano del verdugo los libros titulados *Análisis razonado de Bayle*, la *Cristiada* ó el *Paraiso recuperado*, y la *Historia del pueblo de Dios*, segunda parte. Juntamente con el primero de estos libros, condenaba este decreto tres folletos escritos en su defensa, y ordenaba tambien que se mandara comparecer á Berruyer para oírle y estender en seguida su declaracion. Al siguiente dia fué ejecutada esta sentencia en lo tocante á las tres primeras obras. Posteriormente la asamblea del clero de 1765, condenó tambien el *Análisis de Bayle*, el cual fué continuado sin embargo por un tal Robinet, pues el abate de Marsy, que como ya se ha dicho era el que la había emprendido, tuvo que pasar algun tiempo encerrado en la Bastilla. Por lo que toca á Berruyer, hallándose enfermo á la sazón, tuvo que pasar un magistrado al colegio de los jesuitas el 12 de abril para tomarle declaracion, en la cual, segun refieren las *Memorias para la Historia eclesiástica del siglo XVIII* (1), aseguró que jamás había sido su intencion poner en duda ni menos debilitar la fidelidad y sumision debidas al soberano; que por su parte detestaba los furros de la Liga; que se gloriaria siempre de manifestar su adhesion al rey; que le causaba el mayor disgusto saber que se pusiese en duda su sumision á las máximas del reino en lo relativo á la autoridad de la Iglesia; que si á pesar de sus rectas intenciones, podia

(1) Tomo 2, pág. 310.

deducirse de alguna de las frases empleadas en su libro algo que fuese contrario á los principios que manifestaba en su presente declaración, se desdecía y lo reprobaba con toda formalidad; y finalmente, que si á pesar suyo pareciese que su obra desfiguraba la magestad de la Escritura y se separaba de las opiniones mas recibidas, su error no procedía sino de la debilidad humana, pues que habia empleado toda su vida en inspirar afecto á la piedad y respeto á los Libros Santos.

Las decisiones del parlamento contra las obras de los filósofos, tales como el *Análisis de Bayle*, no dejan de causar admiración á primera vista. En efecto, hacia ya mucho tiempo que los magistrados no se ocupaban al parecer sino en perseguir á los ministros del Señor y en denigrar por medio de rigurosas sentencias á los sacerdotes fieles al grito de su propia conciencia. Cada dia ocurría alguna nueva vejación que interrumpía el ejercicio de su sagrado ministerio. Una simple pregunta hecha á un enfermo, el exigir la cédula de confesion ó de asistencia á unos ejercicios ó conferencia espiritual, el negarse á celebrar algun acto ó servicio religioso por un apelante, y cualquiera otra accion de la misma naturaleza, eran trasformadas en delitos ó crímenes y se castigaban con el estrañamiento perpétuo. Introducir, pues, tales perturbaciones en la Iglesia, molestando de este modo á sus defensores, ¿no era lo mismo que favorecer eficazmente á los incrédulos? ¿Cómo se concibe, pues, que el Parlamento, que oprimia con tanta perseverancia al clero ortodoxo, pudiese, sin una manifiesta inconsecuencia, ensañarse contra los filósofos? Ya lo hemos dicho: satisfecho este tribunal con el nuevo destierro del arzobispo de Paris, y viéndose ayudado en sus miras por algunos prelados prevaricadores, no tuvo dificultad en conceder alguna tregua al clero; y entonces fué cuando se le vió en aquella actitud tan odiosa al par que ridícula, en la que se habia colo-

cado entre los ministros del cielo y los agentes del infierno, mostrarse mas hostil al partido filosófico, al que persiguió á veces con toda severidad en los libros impíos y sediciosos que este mismo partido, mas hábil y consecuente que él, no cesaba de publicar; mostrando de este modo cierta especie de acuerdo con los obispos, que en sus asambleas no cesaban de poner el grito en el cielo y elevar su voz al trono, para hacerle conocer las colosales proporciones que tomaba la tempestad formada ya sobre su cabeza y que amenazaba destruirlo todo (1).

Y ciertamente, por desgracia la tempestad iba en aumento, y el porvenir se presentaba cada vez mas sombrío! Despues de la primera interrupcion de la *Enciclopedia* en 1752, los editores obtuvieron, á fuerza de instancias, licencia de proseguir su publicacion; lo cual era lo mismo que concederles una estúpida autorizacion de circular por el cuerpo social una sutil ponzoña; pues no habia motivo ninguno para creer que aquellos hombres que no se habian intimidado por las contrariedades que sus trabajos habian sufrido, se contuviesen tampoco por el favor que acababa de dispensárseles. A proporcion de los adelantos que recibia aquella funesta empresa, ibase descubriendo de un modo mas claro y terminante su verdadero objeto. La existencia de Dios, la libertad del hombre, las nociones del bien y del mal, la revelacion y la moral, eran desvirtuadas implícitamente, cuando no se las negaba de un modo absoluto. Los artículos *Adorar, Aius, Locutius, Alma, Ateo, Autoridad, Cristianismo, Conciencia, Domingo, Enciclopedia, Etiopie, Fanatismo*, etc., particularmente este último, en el cual se imputaban á la Religion cristiana cuantos crímenes se han cometido en el mundo, y se tomaba descaradamente la de-

(1) Saint-Victor, *Cuadro de Paris*, t. 4, p. 2, pdg. 312-313.

fensa de sus enemigos, presentaban sin disfraz el pensamiento de los filósofos. ¿Se veían tal vez obligados á establecer un dogma de fé en algun artículo? En ese caso cediendo entonces á esta necesidad, se esforzaban luego en destruir su efecto moral, remitiendo al lector á otros pasajes en que aquel mismo dogma era combatido. Ellos mismos nos han descubierto el secreto de esta táctica. «Todas las veces que alguna preocupacion nacional, decia Diderot, artículo *Enciclopedia*, merezca algun respeto, será preciso tratarla en su artículo particular respetuosamente y con un grande aparato de verosimilitud y de seduccion, procurando sin embargo derribar el edificio de barro y disipar aquel monton de polvo, remitiendo al lector á los artículos en que los principios sólidos sirvan de base á las verdades opuestas. Esta manera de desengañar á los hombres produce los mejores resultados en los buenos ingenios.» Lo mismo venia á decir D'Alembert, contestando á Voltaire, que se quejaba de él, porque guardaba demasiados miramientos con las preocupaciones. «Sin duda, le decia en una carta de 20 de julio de 1757, tenemos malos artículos de teología y metafísica, pero contando con censores teólogos y con la necesidad de un privilegio para imprimirlos, yo os desafio á que los hagais mejores; observad que hay otros menos visibles en donde todo queda remediado, y al fin el tiempo hará que se pueda distinguir lo que nosotros hemos pensado y lo que hemos dicho (1).»

Voltaire á su vez escribia á D'Alembert en 24 de mayo de 1757: «Habeis estampado artículos de teología y metafísica que me disgustan extraordinariamente; pero de estas pequeñas ortodoxias os indemnizais con tantas bellezas y cosas útiles, que en general la obra será un beneficio hecho al género

humano.» D'Alembert le respondia: «He recibido los artículos de vuestro cura de Lausanne (era el mismo Voltaire); y solamente pedimos á vuestro herege el permiso de tapar un poco las uñas en los lugares donde las haya mostrado demasiado. Esto no es mas que hacerse un poco atrás para luego dar mayor salto.» El mismo año escribia Voltaire diciendo: «Suplico al hombre honrado que redacte el artículo *Materia*, se esfuerce en probar que el *no sé que* llamado materia es tan capaz de pensar como el *no sé que* llamado espíritu.» En 2 de octubre de 1764, decia á D'Alembert: «He visto con horror lo que decis de Bayle (artículo *DICCIONARIO*): *Feliz él si hubiese respetado la Religion y las costumbres*.... Preciso es que paseis toda vuestra vida haciendo penitencia por esos dos renglones, que deben ser regados con vuestras lágrimas!» De allí á ocho dias le respondió D'Alembert: «Me habeis dado una imoportuna reprehension por lo tocante al *Diccionario de Bayle*. En primer lugar, tened entendido que yo no dije *Feliz*.... sino otra expresion mucho mas modesta; y luego no olvidéis que en este maldito pais en que escribimos, esta clase de expresiones son, por decirlo asi, fórmulas de escribano, y que solo sirven para salvo-conducto de las verdades que en otros artículos tenemos buen cuidado de establecer. Nadie se engaña con esas frases.» Y asi era en efecto: nadie podía engañarse con ellas.

Los editores de la *Enciclopedia*, abusando del favor que se les habia hecho en no recogerles la licencia para la publicacion despues de haber dado á luz los dos primeros tomos, dieron al público otros cinco que no produjeron menos escándalo que los anteriores. El sétimo contenia, entre otros, el artículo *Ginebra* escrito por D'Alembert, y esta circunstancia nos suministra ocasion de manifestar las relaciones que habia entre los enciclopedistas y los protestantes de aquella metrópoli del calvinismo. Alem-

(1) *Correspondencia de Voltaire con D'Alembert*.



bert, después de criticar el que los habitantes de aquella ciudad no tolerasen teatro en ella, entraba en la cuestión de Religión. Decía que los ministros, en aquella ciudad, estaban muy distantes de mirar bajo un punto de vista uniforme los artículos que por otra parte eran considerados como de la mayor importancia; que algunos de ellos no creían en la divinidad de Jesucristo; que el infierno les parecía una injuria hecha á la Divinidad; que otros no tenían mas religión que un perfecto socinianismo, rechazando todo lo que se llama misterio. Acaso, añadía, el respeto que se profesa á Jesucristo y á los misterios es la única cosa en que el cristianismo de aquella ciudad se diferencia de un mero deísmo. Efectivamente, no era únicamente en Ginebra, y á contar desde aquella época, donde el protestantismo iba degenerando en un verdadero socinianismo. La reforma desde sus principios propendió á las ideas de esta secta, y la Cámara electoral de Sajonia se vió precisada en 1646 á tomar providencias contra la propagación de un error tan evidentemente hostil al cristianismo. Un ministro de Stuttgart fué reconocido como sociniano en 1642. El socinianismo oculto de los protestantes de Alfort y de los memnonistas de Frisa dió lugar á varias refutaciones. Por otra parte, algunos escritores adoptaron el mismo error en sus obras. Así es como Stolz en una traducción, y Griesbach, en la edición del texto griego, suprimieron el famoso pasaje de San Juan acerca de los tres testigos, pasaje tan decisivo para probar la consustancialidad. En Inglaterra, así como en Holanda, los unitarios habían acreditado sus opiniones, y á este último país es á donde emigró Wetstein, de Basilea, acusado de haber favorecido el socinianismo en una edición del Nuevo Testamento en griego. Por último, esta opinión se iba propagando hasta en el seno del protestantismo, y D'Alembert, al afirmar que dominaba en Ginebra, no hacía mas que repetir como un eco los rumores que públicamente corrian sobre el particular. Sin embargo, los profesores y ministros de la iglesia y de la academia de aquella ciudad, picados de semejante acusación, pretendieron que no se les hacía justicia y que se desnaturalizaban sus opiniones achacándoles las de los socinianos. Para vindicarse de la recriminación de D'Alembert, en cuyo pensamiento esta observación era menos una acusación que un cumplimiento, pues su artículo contenía otros muchos rasgos dirigidos mas bien contra la Religión católica que contra los protestantes; para justificarse, decimos, se reunieron y redactaron en 10 de febrero de 1758, una declaración sobre el artículo de la *Enciclopedia*; mas esta declaración solo sirvió para confirmar mas y mas la idea de que no se hallaban muy distantes de las opiniones que no querían confesar. La sustancia de este documento se reducía á decir que ellos profesaban la doctrina contenida en la Escritura que era la única regla de fé; que consideraban el símbolo de los Apóstoles como un compendio de la Religión; que sus predicaciones anunciaban la obra de la redención llevada á cabo por Jesucristo; que se esforzaban en librar á su grey del funesto veneno de la incredulidad; que predicaban no solamente la moral, sino también el dogma con las promesas de una felicidad eterna y las amenazas de una eterna condenación para los impíos é impenitentes; que admitían la revelación como un auxilio muy necesario; que no desechaban todo lo que se llama misterios; que reconocían á Jesucristo por Hijo de Dios, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad, etc. Pero esta fórmula vaga y general, expresada en términos ambiguos, revelaba en sus autores mas política que sinceridad. Atacados en su fé, en vez de responder á los enciclopedistas de un modo perentorio, y rechazar vigorosamente las sospechas de socinianismo, se limitaban, al hablar de la divinidad de Jesucristo, á un texto que había sido citado por los mismos arrianos,

pretendiendo explicarle con arreglo á su sistema. No especificaban los misterios que aceptaban; ni en lo tocante á Jesucristo, ni al infierno, decían nada que no hubiese sido también dicho por los mismos socinianos. Al declarar que admitían las amenazas de un castigo eterno, tampoco decían que tuviesen la creencia de la eternidad de las penas del infierno. Y claro está que unos cristianos que hubiesen estado firmes en su fé, hubieran manifestado francamente todos los puntos de su creencia. Sus tergiversaciones, sus apuros y la oscuridad de sus contestaciones, dieron que reír á su compatriota Rousseau, cuya correspondencia nos revela que varios de los ministros de su tiempo no estaban muy firmes, ni aun en los principios mismos de la ley natural (1).

Daba á luz entonces el protestantismo bajo

(1) Rousseau decía: «No saben lo que creen, ni lo que quieren, ni lo que dicen.—Si se les pregunta si Jesucristo es Dios, no se atreven á responder: si se les pregunta, qué misterios son los que admiten, no se atreven á responder. ¿Sobre qué, pues, podrán responder?.. Un filósofo echa sobre ellos una mirada escrutadora: los penetra y ve que son arrianos, socinianos: así se lo dice... Al momento llenos de alarma y de temor se congregan, discuten, se agitan, sin saber á qué Santo acogerse; y por último, después de muchas consultas, de muchas deliberaciones y de muchas conferecias vienen á parar en una anfibología, que ni afirma ni niega, cuyo sentido es tan difícil de entender como el de los dos alegatos de «Rabelais» (*Cartas escritas de la Montaña*). Los ministros de Ginebra se han enmendado desde entonces acá y han aprendido á ser mas explicitos. Nadie podrá tildar de oscuridad el sistema de deísmo enseñado por el pastor Vernes en su *Catecismo para el uso de los jóvenes de todas las comuniones cristianas*.

el nombre de *nueva exegesis* un sistema análogo al de los *cristianos racionales* de Inglaterra, y cuyos partidarios temaban en Alemania el título de *neólogos*. Burlábanse de los *ortodoxos*, es decir, de los que permanecían adictos á los dogmas de su comunión, y bajo pretexto de acrisolar su creencia, se desentendían de toda autoridad, y se atenían exclusivamente á lo que resultase de las discusiones. Minaban los fundamentos y daban al traste con todos los principios del cristianismo, atacaban los misterios y la eternidad de las penas, y no veían en los Santos libros mas que escritos mas ó menos acreditados y alegorías mas ó menos ingeniosas. Cierta periódico que ejerció en Alemania una especie de dictadura sobre la opinión pública, contribuyó á difundir en aquel país la incredulidad. Este periódico fué la *Biblioteca* de Nicolai, que principió á publicarse en Berlin en 1766, y que es una de las obras en que mas conato se ha puesto en despreciar la Religión, en desacreditar los libros simbólicos de los protestantes y en favorecer el socinianismo. El ejemplo del príncipe que ocupaba entonces el trono de Prusia fomentaba tan lamentable proyecto. La literatura protestante tomó un colorido deísta, y los mas sábios de entre los herejes no temieron contradecir los principios de su comunión y las bases de la revelación cristiana por medio de esplicaciones arbitrarias (1).

(1) *Mem. para la Hist. ecles. del siglo XVIII*, t. 2, p. 335-336.